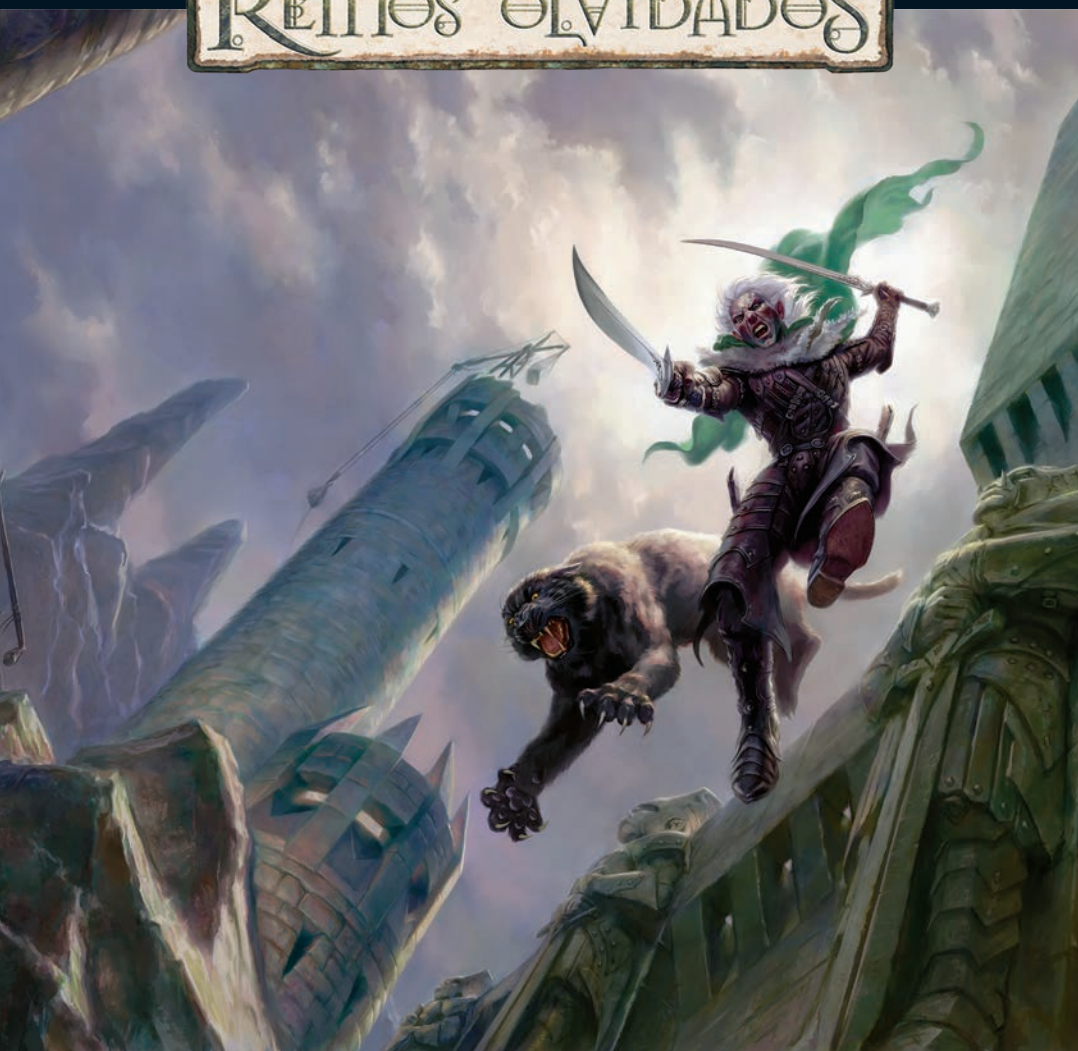


R.A. SALVATORE

El rey Orco

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS®



TRANSICIONES · VOLUMEN 1

minotauro



EL REY ORCO

TRANSICIONES I

R. A. SALVATORE

minotauro

Transiciones nº 01/03 El rey Orco

Published by Wizards of the Coast

© 2024 Wizards of the Coast LLC. Used with permission. Licensed by Hasbro.

Originally published as *The Orc King. Transitions, Book I*

DUNGEONS & DRAGONS, D&D, FORGOTTEN REALMS, their respective logos, and The Legend of Drizzt are trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries. All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos

Traducción: © Emma Fondevila

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Imagen de cubierta: Todd Lockwood

ISBN: 978-84-450-1084-6

Depósito legal: B. 18.303-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ORGULLO Y SENTIDO PRÁCTICO

El mismo día en que Drizzt e Innovindil se pusieron en marcha hacia el este para encontrar el cuerpo de Ellifain, Catti-brie y Wulfgar atravesaron el Surbrin en busca de la hija perdida de Wulfgar. Sin embargo, su viaje sólo duró un par de días, pues los hicieron desistir los vientos fríos y los cielos encapotados de una tremenda tormenta invernal. La pierna herida de Catti-brie hacía que la pareja no pudiese confiar en moverse lo bastante deprisa como para superar el frente que se avecinaba, de ahí que Wulfgar desistiera de continuar. Colson estaba a salvo, al decir de todos, y Wulfgar confiaba en que la senda no se helara durante el retraso, ya que en la Marca Argéntea prácticamente todos los viajes se interrumpían en los meses de helada. Superando las objeciones de Catti-brie, los dos volvieron a atravesar el Surbrin y regresaron a Mithril Hall.

El mismo frente de tormenta inutilizó poco después el transbordador, que quedó fuera de servicio durante los diez días siguientes. Ya estaban en el corazón del invierno, más cerca de la primavera que del otoño. El Año de la Magia Desatada había llegado.

Catti-brie tenía la sensación de que el frío penetrante se había instalado para siempre en la cadera y la pierna heridas, y no experimentaba gran mejoría en su movilidad. No obstante, no quería aceptar una silla con ruedas como la que habían hecho los enanos para el impedido Banak Buenaforja y no quería ni oír hablar del artefacto que Nanfoodle había diseñado para ella: un cómodo palanquín pen-

sado para ser transportado por cuatro enanos voluntarios. Tozudez aparte, la cadera herida se negaba a soportar el peso de una forma aceptable o durante mucho tiempo, de modo que había optado por la muleta.

Los últimos días los había empleado en vagabundear por las lindes orientales de Mithril Hall; llegaba hasta el barranco de Garumn desde las salas principales y pedía siempre noticias de los orcos que se habían asentado fuera del Valle del Guardián, o de Drizzt, al que por fin habían visto por las fortificaciones orientales, volando en un pegaso por encima del Surbrin, junto a Innovindil del Bosque de la Luna.

Drizzt había abandonado Mithril Hall con las bendiciones de Catti-brie diez días antes, pero ella lo echaba mucho de menos en las largas y oscuras noches de invierno. Le había sorprendido que no volviera directamente a las cavernas a su regreso, pero confiaba en su buen juicio. Si algo lo había empujado a seguir hacia el Bosque de la Luna, era seguro que habría tenido un buen motivo.

—Tengo a cien chavales rogándome que les permita llevarte —le echó en cara Bruenor un día, cuando el dolor de la cadera evidentemente la mortificaba. Había vuelto a las salas orientales, en la guarida privada de Bruenor, pero ya había informado a su padre de que volvería al este, atravesando el barranco—. ¡Lleva la silla del gnomo, cabezota!

—Tengo mis propias piernas —insistió.

—Piernas que no curan, por lo que veo —miró a Wulfgar, que estaba al otro lado del hogar, cómodamente reclinado en una butaca y con los ojos fijos en el fuego—. ¿Tú qué dices, muchacho?

Wulfgar lo miró con cara inexpresiva, evidentemente desconectado de la conversación que estaba teniendo lugar entre el enano y la mujer.

—¿Vas a marcharte pronto para encontrar a tu pequeña? —preguntó Bruenor—. ¿Con el deshielo?

—Antes del deshielo —lo corrigió Wulfgar—, antes de la crecida del río.

—Un mes, tal vez —dijo Bruenor y Wulfgar asintió.

—Antes de Tarsakh —respondió refiriéndose al cuarto mes del año.

Catti-brie se mordió el labio, consciente de que Bruenor había iniciado la conversación con Wulfgar para que ella se enterara.

—No vas a acompañarlo con esa pierna, muchacha —afirmó Bruenor—. Vas cojeando de un lado a otro sin dar a la maldita cosa oportunidad de curarse. Vamos, coge la silla del gnomo y deja que te lleven mis chicos y podría ser, sólo digo que podría ser, que pudieras acompañar a Wulfgar cuando salga a buscar a Colson como habías planeado e intentaste antes.

Catti-brie miró primero a Bruenor y después a Wulfgar, y sólo vio las sinuosas llamas reflejadas en los ojos del hombrón. Observó que parecía ajeno a todo, totalmente sumido en su torbellino interior. Tenía los hombros cargados con el peso de la culpa de haber perdido a su esposa, Delly Curtie, que todavía yacía muerta, por lo que sabían, bajo un manto de nieve en un campo al norte.

A Catti-brie también la consumía la culpa de esa pérdida, ya que había sido su espada, la malvada y sensitiva Cercenadora, la que había confundido a Delly Curtie y la había hecho abandonar la seguridad de Mithril Hall. Por fortuna —eso creían todos—, Delly no las había llevado a ella y a la niña adoptada de Wulfgar, la pequeña Colson, consigo, sino que había dejado a Colson con una de las otras refugiadas de las tierras septentrionales, que había atravesado el río Surbrin en uno de los últimos transbordadores que habían salido antes de la acometida del invierno. Colson podría estar en la ciudad encantada de Luna Plateada o en Sundabar, o en cualquier otra comunidad, pero no tenían motivos para creer que hubiera sufrido, o fuera a sufrir, algún daño.

Y Wulfgar estaba empeñado en encontrarla; ésa era una de las pocas declaraciones que Catti-brie le había oído decir al bárbaro con cierto atisbo de convicción en diez días. Iría a buscar a Colson y Catti-brie sentía que era su deber de amiga ir con él. Después de que

se vieran imposibilitados de seguir por la tormenta, en gran parte por su debilidad, Catti-brie estaba todavía más decidida a llegar hasta el final del viaje.

Sin embargo, Catti-brie esperaba realmente que Drizzt volviera antes del día de la partida, porque la primavera, sin duda, sería tumultuosa en todo el territorio, con un enorme ejército de orcos atrincherados alrededor de Mithril Hall, desde las montañas de la Columna del Mundo al norte hasta las orillas del Surbrin al este y los pasos un poco más al norte de los Pantanos de los Trolls al sur. Los negros nubarrones de la guerra se cernían por todas partes y sólo el invierno había frenado su avance.

Cuando la tormenta estallara por fin, Drizzt Do'Urden estaría en medio de ella y Catti-brie no tenía intención de cabalgar por las calles de alguna ciudad distante en ese aciago día.

—Usa la silla —dijo Bruenor y por su tono de impaciencia parecía obvio que ya lo había dicho antes.

Catti-brie parpadeó y se volvió a mirarlo.

—Pronto os voy a necesitar a los dos a mi lado —dijo Bruenor—. Si vas a entorpecer la marcha de Wulfgar durante el viaje que necesita hacer, entonces no irás.

—La indignidad... —dijo Catti-brie sacudiendo la cabeza.

Pero mientras lo decía, perdió un poco el equilibrio y la muleta se inclinó hacia un lado. Se le descajó el rostro por los dolores punzantes que sentía en la cadera.

—Recibiste en la pierna el golpe de un pedrusco lanzado por un gigante —le espetó Bruenor—. ¡No hay indignidad alguna en ello! ¡Nos ayudaste a defender la ciudad y en el clan Battlehammer nadie te considera otra cosa que una heroína! ¡Usa la maldita silla!

—Realmente, deberías hacerlo. —La voz llegó desde la puerta y Catti-brie y Bruenor se volvieron en el momento en que Regis, el halfling, entraba en la habitación.

Su barriga había recuperado su redondez y tenía las mejillas rosadas y llenas. Llevaba tirantes, como solía hacer en los últimos tiempos,

y andaba con los dedos enganchados en ellos, dándose aires de importancia. Y la verdad, por absurdo que pudiera parecer Regis a veces, no había en la ciudad nadie que le reprochara al halfling el orgullo que sentía por haber servido tan bien como administrador de Mithril Hall en aquellos días de lucha interminable, cuando Bruenor había estado al borde de la muerte.

—¿Qué es esto? ¿Una conspiración? —dijo Catti-brie con una sonrisa, tratando de sonar menos solemne.

Tenían necesidad de sonreír más, todos ellos, y en especial el hombre sentado en el extremo opuesto al que ella ocupaba. Observó a Wulfgar mientras hablaba y supo que él ni siquiera había oído sus palabras. Se limitaba a mirar las llamas mientras realmente lo que miraba era su interior. La expresión de su cara, de desesperanza tan absoluta, le reveló a las claras a Catti-brie su sensación de pérdida. La amistad le imponía hacer todo lo que estuviera en sus manos para ponerse bien a fin de que pudiera acompañarlo en su viaje más importante.

Fue así como pocos días después, cuando Drizzt Do'Urden entró en Mithril Hall por la puerta oriental, que daba al Surbrin, Catti-brie lo vio y lo llamó desde lo alto.

—Tu paso es más ligero —le dijo.

Y cuando Drizzt, por fin, la reconoció, montada en su palanquín, llevada a hombros por cuatro robustos enanos, le respondió riendo y con una ancha sonrisa.

—La princesa del clan Battlehammer —dijo el drow con una cortés y burlona reverencia.

Obedeciendo las órdenes de Catti-brie, los enanos la depositaron en el suelo y se hicieron a un lado, y ella tuvo el tiempo justo para levantarse de su asiento y coger la muleta antes de verse envuelta en el apretado y cálido abrazo de Drizzt.

—Dime que has vuelto para quedarte un tiempo —le dijo la mujer después de un beso prolongado—. Ha sido un invierno largo y solitario.

—Tengo deberes que atender sobre el terreno —respondió Drizzt—. Pero sí —añadió después, al ver la expresión desolada de Catti-brie—, he vuelto al lado de Bruenor, como había prometido, antes de que la nieve se derrita y los ejércitos reunidos avancen. Pronto conoceremos los designios de Obould.

—¿Obould? —preguntó Catti-brie, pues pensaba que el rey orco había muerto hacía tiempo.

—Está vivo —respondió Drizzt—. No sé cómo, pero escapó a la catástrofe del desprendimiento de tierras y los orcos reunidos todavía están sometidos a la voluntad del más poderoso de los suyos.

—Maldigo su nombre.

Drizzt le sonrió, aunque no estaba muy de acuerdo.

—Me sorprende que tú y Wulfgar ya hayáis vuelto —dijo Drizzt—. ¿Qué se sabe de Colson?

Catti-brie negó con la cabeza.

—No sabemos nada. Llegamos a cruzar el Surbrin el mismo día en que tú partiste con Innovindil hacia la Costa de la Espada, pero teníamos el invierno encima y nos vimos obligados a volver. Lo que sí averiguamos, al menos, fue que los grupos de refugiados habían marchado hacia Luna Plateada y, por lo tanto, Wulfgar piensa partir hacia la hermosa ciudad de Alústriel en cuanto el transbordador esté otra vez en funcionamiento.

Drizzt la apartó y echó una mirada a su maltrecha cadera. Llevaba puesto un vestido, como venía haciendo todos los días, porque los pantalones ajustados le resultaban demasiado incómodos. El drow miró la muleta que le habían hecho los enanos, pero ella interceptó su mirada y la sostuvo.

—No estoy curada —admitió—, pero he descansado lo suficiente como para hacer el viaje con Wulfgar. —Hizo una pausa y alzó la mano que le quedaba libre para acariciar con suavidad el mentón y la mejilla de Drizzt—. Tengo que hacerlo.

—También yo estoy obligado —le aseguró Drizzt—, sólo que mi responsabilidad para con Bruenor me retiene aquí.

—Wulfgar no hará el viaje solo —lo tranquilizó ella.

Drizzt asintió y su sonrisa le demostró que esa afirmación realmente lo reconfortaba.

—Deberíamos ir a ver a Bruenor —dijo él, poniéndose en marcha. Catti-brie lo sujetó por el hombro.

—¿Con buenas noticias? Drizzt la miró con curiosidad.

—Tu paso es más ligero —señaló ella—. Caminas como si te hubieras librado de un peso. ¿Qué has visto ahí fuera? ¿Están los ejércitos orcos próximos al colapso? ¿Están dispuestos los pueblos de la Marca Argénte a levantarse en bloque contra ellos?

—Nada de eso —dijo Drizzt—. Todo está igual que cuando partí, sólo que las fuerzas de Obould parecen más asentadas, como si pretendieran quedarse.

—Tu sonrisa no me engaña —dijo Catti-brie.

—Porque me conoces demasiado bien —respondió Drizzt.

—¿Acaso los desoladores embates de la guerra no borran tu sonrisa?

—He hablado con Ellifain. —Catti-brie dio un respingo.

—¿Está viva? —La expresión de Drizzt le mostró lo absurdo de esa conclusión. ¿No había estado ella presente cuando Ellifain había muerto bajo la propia espada de Drizzt?—. ¿Resurrección? —dijo la mujer con un hilo de voz—. ¿Emplearon los elfos a un poderoso clérigo para arrancar el alma...?

—Nada de eso —le aseguró Drizzt—, pero le proporcionaron a Ellifain un modo de disculparse conmigo... y a su vez ella aceptó mis disculpas.

—No tenías por qué disculparte —insistió Catti-brie—. No hiciste nada malo, ni había manera de que lo supieras.

—Lo sé —replicó Drizzt y la serenidad de su voz templó el ánimo de la mujer—. Hemos aclarado muchas cosas. Ellifain está en paz.

—Quieres decir que Drizzt Do'Urden está en paz.

Drizzt se limitó a sonreír.

—Eso no es posible —dijo—. Tenemos ante nosotros un futuro incierto, con decenas de miles de orcos a nuestras puertas. Ha muer-

to mucha gente, amigos incluso, y parece probable que mueran muchos más.

Catti-brie no parecía muy convencida de que su ánimo estuviera decaído.

—Drizzt Do'Urden está en paz —reconoció el drow al ver que la sonrisa de ella no se borraba.

Hizo ademán de llevar a la mujer de vuelta a su palanquín, pero Catti-brie negó con la cabeza y le indicó que le sirviera de muleta para ir hacia el puente que cruzaba el barranco de Garumn y los llevaría hacia las lindes occidentales de Mithril Hall, donde Bruenor celebraba audiencia.

—Es un largo paseo —le advirtió Drizzt con una mirada significativa a su pierna.

—Te tengo a ti como apoyo —respondió Catti-brie y eso dejó a Drizzt sin argumentos.

Con una reverencia de agradecimiento y un gesto de despedida a los cuatro enanos, la pareja se puso en marcha.

Tan real era su sueño que podía sentir el calor del sol y el viento frío sobre sus mejillas. Era una sensación tan vívida que podía oler la sal en el aire que soplaba desde el Mar de Hielo Movedizo.

Tan real era todo que Wulfgar se quedó realmente sorprendido cuando despertó de la siesta y se encontró en su pequeña habitación de Mithril Hall. Volvió a cerrar los ojos y trató de volver a capturar el sueño, de sumergirse nuevamente en la libertad del Valle del Viento Helado.

Pero no era posible y el hombrón abrió los ojos y se despegó de la butaca. Miró hacia la cama, que estaba en el otro extremo de la habitación. Últimamente casi no dormía en ella, ya que era el lecho que había compartido con Delly, su esposa muerta. En las escasas ocasiones en que se había atrevido a tumbarse en él, se había sorprendido buscándola, dándose la vuelta hacia el lugar donde antes la encontraba.

La sensación de vacío cuando la realidad invadía su sopor dejaba siempre frío a Wulfgar.

Al pie de la cama estaba la cuna de Colson y esa visión resultaba incluso más dolorosa.

Wulfgar hundió la cabeza entre las manos y el blando contacto del pelo le recordó la barba que se había dejado crecer. Se alisó tanto la barba como el bigote y se frotó los ojos para aclarar la visión. Trató de no pensar ni en Delly ni en Colson. Necesitaba librarse de sus penas y temores durante un momento. Imaginó el Valle del Viento Helado de sus años mozos. En aquellos tiempos también había sufrido la pérdida y había sentido el profundo embate de la batalla. No había desilusiones invadiendo sus sueños ni sus recuerdos, que presentaban una imagen más amena de aquella tierra áspera. El Valle del Viento Helado mantenía su integridad y su aire invernal era más mortal que refrescante.

Pero en aquel lugar había algo más simple; Wulfgar lo sabía. Algo más puro. La muerte era una presencia frecuente en la tundra y los monstruos merodeaban a su antojo. Era una tierra de pruebas constantes, donde no tenía cabida el error, e, incluso aunque no hubiera error, el resultado de cualquier decisión a menudo resultaba un desastre.

Wulfgar asintió al comprender el refugio emocional que ofrecían esas condiciones constantes. Porque el Valle del Viento Helado era una tierra sin arrepentimientos. Simplemente, era la forma de ser de las cosas.

Se apartó de la butaca y estiró los largos brazos y las piernas para eliminar el cansancio. Se sentía constreñido, atrapado, y mientras tenía la sensación de que las paredes se cerraban sobre él, recordó los ruegos de Delly relacionados con ese sentimiento propiamente dicho.

—Puede ser que tuvieras razón —dijo Wulfgar en la habitación vacía.

Entonces, se rió de sí mismo, pensando en los pasos que lo habían llevado de vuelta a ese lugar. Había sido obligado a volver por una tormenta.

¡Él, Wulfgar, hijo de Beornegar, que había crecido alto y fuerte en los brutales inviernos del Valle del Viento Helado, se había visto obligado a volver al complejo enano por la amenaza de las nieves invernales!

En ese momento, lo recordó. Lo recordó todo. Su camino vacilante y vacío durante los últimos ocho años de su vida, desde su regreso del Abismo y los tormentos del demonio Errtu. Ni siquiera después de haber recibido a Colson de manos de Meralda, en Auckney, de haber recuperado a Aegis-fang y el sentido de su propia identidad y haberse reunido con sus amigos para el viaje de vuelta a Mithril Hall, habían tenido los pasos de Wulfgar un destino definido; no habían estado dirigidos por un sentido claro de adónde quería ir. Había tomado a Delly como esposa, pero jamás había dejado de amar a Catti-brie.

Sí, era verdad, y lo admitía. Podía mentir a los demás sobre ello, pero no podía engañarse a sí mismo.

Muchas cosas quedaron claras, por fin, para Wulfgar esa mañana en su habitación de Mithril Hall, sobre todo el hecho de que se había permitido vivir una mentira. Sabía que no podía tener a Catti-brie, quien había entregado su corazón a Drizzt, pero ¿hasta dónde había sido injusto con Delly y con Colson? Había creado una fachada, una ilusión de familia y de estabilidad para todos los implicados, incluido él mismo.

Wulfgar había recorrido el camino de su redención desde Auckney a base de manipulación y falsedad. Por fin, lo entendió. Se había empeñado hasta tal punto en colocarlo todo en una cajita del todo ordenada, en una escena perfectamente controlada, que había negado la esencia misma de su identidad, los fuegos en que se había forjado Wulfgar, hijo de Beornegar.

Echó una mirada a Aegis-fang, apoyado contra la pared, y a continuación cogió el poderoso martillo de guerra y colocó su artesanal cabeza ante sus ojos azul hielo. Las batallas que había librado en los últimos tiempos, en el acantilado que dominaba el Valle del Guardián,

en la cueva occidental, y al este, en el nacimiento del Surbrin, habían sido sus momentos de auténtica libertad, de claridad emocional y de calma interior. Se dio cuenta de que había gozado con aquel torbellino físico porque había calmado su confusión emocional.

Ésa era la razón por la que había descuidado a Delly y a Colson; se había lanzado con abandono a la defensa de Mithril Hall. Había sido un malísimo esposo para ella y un malísimo padre para Colson.

Sólo en la batalla había encontrado un escape.

Y todavía seguía autoengañándose. Lo supo mientras contemplaba la cabeza grabada a fuego de Aegis-fang. ¿Por qué si no había dejado la senda que lo conducía a Colson? ¿Por qué si no se había dejado detener por una simple tormenta invernal? ¿Por qué si no...?

Se quedó con la boca abierta y se consideró un absoluto necio. Dejó caer la maza al suelo y se puso rápidamente su consabida capa de lobo gris. Sacó su mochila de debajo de la cama y la llenó con su ropa de cama; entonces, se la echó al brazo y cogió a Aegis-fang con la otra mano.

Salió a grandes zancadas de la habitación con férrea determinación; se dirigió hacia el este y pasó por delante de la sala de audiencias de Bruenor.

—¿Adónde vas?

Al oír aquella voz se detuvo y vio a Regis de pie ante una puerta que daba al pasillo.

—Voy a salir a ver cómo está el tiempo y el estado del transbordador.

—Drizzt ha vuelto.

Wulfgar asintió y su sonrisa fue sincera.

—Espero que su viaje haya ido bien.

—Se reunirá con Bruenor dentro de un rato.

—No tengo tiempo. Ahora no.

—El transbordador todavía no funciona —dijo Regis.

Pero Wulfgar se limitó a asentir, como si no importara, y se dirigió corredor adelante, atravesando las puertas que daban a la avenida principal, que lo llevaría hasta el barranco de Garumn.

Con los pulgares enganchados en los tirantes, Regis vio cómo se marchaba su corpulento amigo. Se quedó allí quieto un buen rato, pensando en aquel encuentro, y luego se dirigió a la sala de audiencias de Bruenor.

Sin embargo, se detuvo cuando sólo había dado unos cuantos pasos y volvió a mirar hacia el corredor por el que se había marchado Wulfgar de forma tan precipitada.

El transbordador no funcionaba.

LA VOLUNTAD DE GRUUMSH

Grguch parpadeó repetidas veces mientras avanzaba desde el fondo de la cueva hacia la luz que anunciaba el amanecer. La poderosa criatura, mitad orco, mitad ogro, de hombros anchos y más de dos metros diez de estatura, daba pasos inseguros con las gruesas piernas mientras se protegía los ojos con la mano. El jefe del clan Karuck, como todo su pueblo, a excepción de un par de exploradores de avanzada, no había visto la luz del día en casi una década. Todos vivían en los túneles, en los vastos laberintos de cavernas sin luz conocidas como la Antípoda Oscura, y Grguch no había emprendido a la ligera este viaje a la superficie.

Docenas de guerreros Karuck, todos enormes incluso para lo que solía ser la raza de los orcos —todos igualaban, o incluso superaban, a Grguch en estatura y eran alrededor de doscientos kilos de músculo y gran osamenta—, se mantenían pegados a las paredes de la cueva. Desviaban los ojos amarillos en señal de respeto al paso de su gran señor de la guerra. Detrás de Grguch, venía el implacable sacerdote guerrero Hakuun y tras él la élite de la guardia, un quinteto de poderosos ogros armados hasta los dientes y con sus armaduras de guerra. Más ogros formaban la procesión que los seguía; que portaban el Kokto Gung Karuck, el Cuerno de Karuck, un gran instrumento de cinco metros con un tubo cónico rematado en un ancho pabellón vuelto hacia arriba. Estaba hecho de lo que los orcos llamaban shroomwood, la piel dura de algunas especies de hongos gigantes que crecían

en la Antípoda Oscura. Para los guerreros orcos que lo contemplaban, el cuerno era merecedor del mismo respeto que el jefe que lo precedía.

Grguch y Hakuun, como sus respectivos predecesores, no pretendían otra cosa.

Grguch avanzó hasta la boca de la cueva y salió a la cornisa que había en la ladera. Sólo Hakuun, que indicó a los demás ogros que esperaran detrás, lo acompañó.

Lanzó una atronadora carcajada cuando sus ojos se adaptaron y pudo ver a los orcos más normales moviéndose por la parte baja de las laderas. Durante más de dos días, el segundo clan orco había procurado frenéticamente mantenerse por delante del clan Karuck. En cuanto por fin habían salido de los confines de la Antípoda Oscura, su deseo de mantenerse a gran distancia del clan Karuck era cada vez más evidente.

—Huyen como niños —dijo Grguch a su sacerdote de guerra.

—Es que son niños en presencia de los Karuck —replicó Hakuun—. Menos que niños cuando el gran Grguch está entre ellos.

El jefe tomó el esperado cumplido con parsimonia y alzó los ojos para contemplar el panorama que había en torno a ellos. El aire era frío. El invierno todavía tenía a la tierra en sus garras, pero a Grguch y a su gente eso nos los cogía desprevenidos. Capas de piel, una sobre otra, hacían que el enorme jefe orco pareciera todavía más grande y más imponente.

—Correrá la voz de que el clan Karuck ha acudido —aseguró Hakuun a su jefe.

Grguch volvió a contemplar a la tribu que huía y barrió el horizonte con la mirada.

—La noticia se extenderá más rápidamente que las palabras de esos niños que corren —replicó y se volvió haciendo una señal a los ogros.

El quinteto de la guardia abrió paso al Kokto Gung Karuck. En cuestión de un momento, el avezado equipo tuvo montado el cuerno y Hakuun lo bendijo como era debido mientras Grguch se colocaba en su sitio.

Cuando el encantamiento del sacerdote de guerra se hubo completado, Grguch, el único Karuck al que le estaba permitido tocar el cuerno, limpió la boquilla de shroomwood y respiró hondo, muy hondo.

Un sonido ronco y retumbante salió del cuerno, como si los mayores fuelles de todo el mundo hubieran sido accionados por los inmortales titanes. El ronco bramido llegó, llevado por el eco, a kilómetros y kilómetros de distancia, y resonó entre las piedras y las laderas montañosas de las estribaciones meridionales de la Columna del Mundo. Piedras más pequeñas vibraron bajo la potencia de ese sonido y una extensión de nieve se desprendió y provocó un pequeño alud en una montaña cercana.

Detrás de Grguch, muchos miembros del clan Karuck cayeron de rodillas y empezaron a moverse como presas de un frenesí religioso. Oraban al gran Gruumsh, su dios guerrero, porque tenían una gran fe en que, cuando Kokto Gung Karuck hablaba, la sangre de los enemigos del clan Karuck manchaba el suelo.

Y para el clan Karuck, especialmente bajo el liderazgo del poderoso Grguch, jamás había sido difícil encontrar enemigos.

En un valle protegido, unos cuantos kilómetros hacia el sur, un trío de orcos alzaba los ojos hacia el norte.

—¿Karuck? —preguntó Ung-thol, un chamán de alto rango.

—¿Podría ser otro, acaso? —respondió Dnark, jefe de la tribu Quijada de Lobo. Ambos se volvieron a mirar al chamán Toogwik Tuk, que sonreía con suficiencia—. Tu llamada ha sido oída y atendida —añadió Dnark.

Toogwik Tuk rió entre dientes.

—¿Estás seguro de que el engendro del ogro puede ser manipulado a tu antojo? —dijo a continuación Dnark, haciendo desaparecer la sonrisa de la fea cara de orco de Toogwik Tuk.

La referencia al clan Karuck como «engendro del ogro» le sonó al chamán como una referencia clara a que no eran orcos corrientes los

que había hecho venir de las mismísimas entrañas de la cadena montañosa. Los Karuck tenían fama entre las muchas tribus de la Columna del Mundo —a decir verdad, mala fama— por mantener toda una reserva de ogros reproductores entre sus filas. A lo largo de generaciones, los Karuck se habían cruzado para crear guerreros orcos cada vez más corpulentos. Evitados por las demás tribus, los Karuck se habían retirado a regiones cada vez más profundas de la Antípoda Oscura. En los últimos tiempos, se los conocía poco y muchas tribus de orcos los consideraban apenas una leyenda.

Pero los orcos Quijada de Lobo y sus aliados de la tribu Colmillo Amarillo, la de Toogwik Tuk, sabían que no era así.

—Son sólo trescientos —les recordó Toogwik Tuk a los incrédulos.

Un segundo toque atronador de Kokto Gung Karuck estremeció las piedras.

—Ya —dijo Dnark y meneó la cabeza.

—Debemos salir rápidamente al encuentro del jefe Grguch —dijo Toogwik Tuk—. La ansiedad de los guerreros de Karuck debe ser debidamente encauzada. Si caen sobre otras tribus y batallan y saquean...

—Entonces, Obould los usará como una prueba más de que su forma de actuar es mejor —acabó Dnark.

—Vamos —dijo Toogwik Tuk y dio un paso adelante.

Dnark se dispuso a seguirlo, pero Ung-thol vaciló. Los otros dos hicieron una pausa y contemplaron al chamán más viejo.

—No conocemos el plan de Obould —les recordó Ung-thol.

—Se ha detenido —dijo Toogwik Tuk.

—¿Para fortalecerse? ¿Para considerar cuál es el mejor camino? —preguntó Ung-thol.

—¡Para construir y para conservar sus magras conquistas! —sostuvo el otro chamán.

—Eso fue lo que nos dijo su consorte —añadió Dnark y una sonrisa de complicidad asomó a su colmilluda cara mientras sus labios, erizados de dientes que sobresalían en mil direcciones azarasas, esbozaban un gesto acorde—. Tú conoces a Obould desde hace muchos años.

—Y a su padre antes que a él —reconoció Ung-thol—. Y lo he seguido hasta aquí, hacia la gloria. —Hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras—. No hemos conocido ninguna victoria como ésta... —dijo y volvió a hacer una pausa y levantó los brazos— en lo que dura la memoria de los vivos. Ha sido Obould quien ha hecho esto.

—Es el principio y no el final —replicó Dnark.

—Muchos grandes guerreros caen en el camino de la conquista —añadió Toogwik Tuk—. Ésa es la voluntad de Gruumsh. Ésa es la gloria de Gruumsh.

Los tres se sobresaltaron cuando el ronco sonido de Kokto Gung Karuck volvió a sacudir las piedras.

Toogwik Tuk y Dnark guardaron silencio otra vez, mirando a Ung-thol y esperando su decisión.

El viejo chamán orco echó una mirada melancólica hacia el su-
doeste, la zona en la que sabía que estaría Obould; a continuación, hizo un gesto de asentimiento a sus dos compañeros y les indicó que abrieran la marcha.

La joven sacerdotisa Kna se pegó a él con movimientos felinos y seductores. Su cuerpo esbelto se deslizó lentamente en torno al poderoso orco, que sintió su aliento cálido sobre un lado del cuello, después sobre la nuca y finalmente sobre el otro lado. Pero si bien Kna miraba intensamente al gran orco mientras se movía, su actuación no estaba dirigida a Obould.

El rey Obould lo sabía perfectamente, por eso su sonrisa tenía un doble origen mientras permanecía allí ante los chamanes y los jefes reunidos. Había elegido sabiamente al tomar a la joven y ensimismada Kna como consorte para reemplazar a Tsinka Shinriil. Kna no tenía reservas. Le encantaba sentir sobre sí las miradas de todos los presentes mientras se enroscaba en el rey Obould. Le gustaba a rabiarse y Obould lo sabía. Ansiaba sentir las. Era su momento de gloria, y

Kna sabía que sus iguales de todo el reino apretaban los puños, muertas de celos. Ése era para ella el placer supremo.

Joven y muy atractiva según los cánones de su raza, Kna había ingresado como sacerdotisa de Gruumsh, pero ni de lejos era tan devota o fanática como lo había sido Tsinka. El dios de Kna —mejor dicho, su diosa— era Kna, una concepción puramente egocéntrica del mundo, tan común entre los jóvenes.

Y era precisamente lo que Obould necesitaba. Tsinka le había prestado buenos servicios en el desempeño de su papel, porque siempre había defendido los intereses de Gruumsh y lo había hecho fervorosamente. Tsinka había preparado la ceremonia mágica que había investido a Obould con grandes poderes, tanto físicos como mentales, pero su devoción era absoluta y tenía una gran estrechez de miras. Había dejado de ser útil al rey orco antes de que la arrojaran desde el borde del barranco para encontrar la muerte entre las piedras.

Obould echaba de menos a Tsinka. A pesar de su gran belleza física, de sus movimientos consumados y de todo el entusiasmo que despertaba en ella su posición, Kna no podía igualar a Tsinka haciendo el amor. Tampoco tenía la inteligencia y la astucia de Tsinka, ni mucho menos. No era capaz de susurrar al oído de Obould nada digno de ser escuchado y que no tuviera que ver con el acoplamiento. Y por eso era perfecta.

El rey Obould tenía las ideas muy claras y eran compartidas por un grupo de chamanes leales, sobre todo por un pequeño y joven orco llamado Nukkels. Obould no necesitaba parecer alguno que no viniera de ese grupo ni deseaba opiniones contrarias. Y, por encima de todo, necesitaba una consorte en quien pudiera confiar. Kna estaba demasiado pendiente de sí misma como para que la preocuparan la política, los complots y las diversas interpretaciones de los deseos de Gruumsh.

Le permitió que continuara por un rato con su representación, después la apartó de su lado con suavidad no exenta de firmeza y la colocó a distancia. Le indicó que se sentara en una butaca, cosa que

se dispuso a hacer con un exagerado mohín de enfurruñamiento. El rey le respondió con un resignado encogimiento de hombros para aplacarla y procuró por todos los medios no demostrar su absoluto desdén. El rey orco volvió a señalarle su asiento y, al ver que dudaba, la guió firmemente hasta él.

Kna inició una protesta, pero Obould alzó su enorme puño para recordarle de forma inequívoca que estaba llegando al límite de su paciencia. Cuando la hubo dejado instalada con gesto malhumorado, el rey orco se volvió hacia su audiencia y le hizo una señal con la mano a Colmillo Roto Brakk, un correo del general Dukka que vigilaba la región militar más importante.

—El denominado Valle del Guardián está bien asegurado, divino rey —informó Colmillo Roto—. Se ha abierto la tierra para evitar que nadie pase y las estructuras que coronan la muralla norte del valle están casi terminadas. Los enanos no pueden salir.

—¿Ni siquiera ahora? —preguntó Obould—. En la primavera no, pero ¿ahora tampoco?

—Ahora tampoco, grandeza —respondió Colmillo Roto confiado y Obould se preguntó cuántos grandiosos tratamientos se inventaría su gente para él.

—Si los enanos salieran de Mithril Hall por las puertas occidentales, los mataríamos en el valle desde las alturas —les aseguró Colmillo Roto a los allí reunidos—. Aun cuando algunos de los feos enanos consiguieran atravesar el terreno del oeste, no encontrarían escapatoria. Las murallas están levantadas y el ejército del general Dukka está debidamente atrincherado.

—Y nosotros, ¿podemos entrar? —preguntó el jefe Grimsmal del clan Grimm, una populosa e importante tribu.

Obould le lanzó al impertinente orco una mirada que nada tenía de halagadora, pues ésa era la pregunta con más carga y peligro de todas. Ése era el punto de discordia, la fuente de todas las habladuras y de todas las disputas entre las diversas facciones. Siguiendo a Obould, habían arrasado tierras y habían alcanzado la mayor gloria

desde hacía décadas, siglos quizás. Pero muchos se preguntaban abiertamente con qué fin. ¿Para seguir adelante con las conquistas y el pillaje? ¿Hasta las cuevas de un clan enano o las avenidas de una gran ciudad humana o elfa?

Sin embargo, mientras pensaba en esas cosas, especialmente en las habladurías que circulaban entre los distintos chamanes y jefes, Obould cayó en la cuenta de que Grimsmal tal vez le había hecho un favor sin darse cuenta.

—No —dijo Obould con firmeza, antes de que pudieran caldearse los ánimos—. Los enanos tienen su guarida y mantienen su guarida.

—Por ahora —se atrevió a decir el obstinado Grimsmal.

Por toda respuesta, Obould sonrió, aunque nadie supo si era una sonrisa de mera diversión o de asentimiento.

—Los enanos han salido de su guarida por el este —le recordó otro de los reunidos, una criatura menuda con ropas de chamán—. Todo el invierno han estado construyendo a lo largo de la línea de la cordillera. Ahora tratan de conectar y reforzar murallas y torres, desde las puertas hasta el gran río.

—Y están haciendo cimentaciones a lo largo de la orilla —añadió otro.

—Van a construir un puente —coligió Obould.

—¡Esos necios enanos están haciendo el trabajo por nosotros! —bramó Grimsmal—. Van a facilitar nuestro paso a tierras más anchas.

Todos los demás asintieron y sonrieron, y un par de ellos se dieron palmadas en la espalda.

Obould también sonrió. El puente realmente prestaría un gran servicio al reino de Muchas Flechas. Se volvió hacia Nukkels, que le devolvió su mirada satisfecha y asintió levemente como respuesta.

El puente serviría, sin duda, Obould lo sabía, pero no de la forma que pensaban Grimsmal y muchos de los demás, tan ávidos de guerra.

Mientras las charlas continuaban a su alrededor, el rey Obould imaginaba calladamente una ciudad orca al norte de las defensas que los enanos estaban construyendo a lo largo de la cadena montañosa. Sería un gran asentamiento, con calles anchas para que pudieran pasar por ellas las caravanas, y edificios sólidos adecuados para el almacenamiento de muchos productos. Obould necesitaría amurarla para protegerla de los bandidos, o de los orcos demasiado ávidos de guerra, a fin de que los mercaderes que llegasen desde el otro extremo del puente del rey Bruenor pudieran descansar confiadamente antes de iniciar su viaje de regreso.

El sonido de su nombre sacó al rey orco de sus contemplaciones y, cuando alzó la vista, vio que muchos lo miraban con curiosidad. Era evidente que se le había escapado una pregunta.

No importaba.

Ofreció como respuesta una sonrisa sosegada que los desarmó a todos y la sed de batalla que impregnaba el aire le recordó que estaban muy lejos de la construcción de semejante ciudad.

Sin embargo, iba a ser un logro magnífico.

—El estandarte amarillo de Karuck —informó Toogwik Tuk a sus dos compañeros mientras el trío avanzaba por un valle serpenteante, lleno de nieve, por debajo de la cueva que los orcos venidos de la Antípoda Oscura usaban como principal salida.

Dnark y Ung-thol entornaron los ojos bajo el resplandor del mediodía y ambos asintieron al distinguir los dos pendones amarillos salpicados de rojo que ondeaban con el frío viento invernal. Ya sabían que debían de estar cerca, pues habían pasado por un par de campamentos abandonados precipitadamente en el protegido valle. Era evidente que la marcha del clan Karuck había hecho que otros orcos huyeran tan lejos tan rápidamente como les habían permitido sus medios.

Toogwik Tuk abrió la marcha por la pendiente rocosa que ascendía entre aquellos estandartes. Unos enormes guardias orcos salieron

a bloquearles el paso; llevaban en las manos palos de elaborados y diversos diseños provistos de hojas laterales y acabados en punta de lanza. Eran mitad hachas y mitad lanzas, y su peso ya resultaba bastante intimidante, pero para aumentar su impacto, el trío que se acercaba no pudo por menos que observar la facilidad con que los guardias del clan Karuck manejaban las pesadas armas.

—Son tan grandes como Obould —observó Ung-thol en voz baja— y eso que no son más que guardias.

—Los orcos de Karuck que no alcanzan ese tamaño y esa fuerza son utilizados como esclavos, al menos eso dicen —dijo Dnark.

—Y así es —dijo Toogwik Tuk, volviéndose hacia los otros dos—. Y a los enclenques no se les permite reproducirse. Con un poco de suerte, se los castra a una edad temprana.

—Eso hace que aumente mi inquietud —dijo Ung-thol, que era el más pequeño del trío.

En sus años mozos, había sido un buen guerrero, pero una herida lo había dejado un poco imposibilitado y el chamán había perdido algo de musculatura en las dos décadas transcurridas desde entonces.

—No te inquietes. Tú eres demasiado viejo para que valga la pena castrarte —se burló Dnark y le hizo señas a Toogwik Tuk de que se adelantara para anunciarlos a los guardias.

Aparentemente, el más joven de los sacerdotes hizo bien su trabajo, ya que los tres fueron conducidos por el camino hacia el campamento principal. Poco después estaban en presencia del imponente Grguch y de su consejero, el sacerdote de guerra Hakuun. Grguch estaba sentado en una silla hecha de piedras y tenía en la mano su temida hacha de batalla de dos hojas. El arma, llamada Rampante, evidentemente era muy pesada, pero Grguch la levantó con toda facilidad ante sí con una sola mano. La volvió lentamente para que sus huéspedes pudieran tener una visión clara y una comprensión cabal de las muchas formas en que Rampante podía matarlos. El mango de metal negro del hacha, que sobresalía más allá de las alas de las hojas enfrentadas, tenía la forma de un dragón estirado y envolvente, con

las pequeñas patas delanteras juntas y los grandes cuernos de su cabeza presentando una formidable punta de lanza. En la base, la larga cola del dragón se curvaba por encima de la empuñadura formando una protección. Estaba completamente cubierta de púas, de modo que un ataque de Grguch con ella equivalía a las cuchilladas de varias dagas. Lo más impresionante eran las hojas, las alas simétricas de la bestia. Eran de mithril plateado y reluciente, y sobresalían por arriba y por abajo, reforzadas a la distancia de un dedo aproximadamente por una delgada barra adamantina oscura, que creaba púas superiores e inferiores a lo largo de cada hoja. Los bordes convexos eran tan largos como la distancia que iba del codo de Dnark a las puntas de sus dedos extendidos y a ninguno de los tres visitantes les costó ningún trabajo imaginar cómo sería ser cortado en dos por un solo tajo de Rampante.

—Bienvenido a Muchas Flechas, gran Grguch —dijo Toogwik Tuk con una respetuosa reverencia—. La presencia del clan Karuck y de su valioso jefe nos hace más grandes.

Grguch dejó que su mirada se pasara lentamente por los tres visitantes y, a continuación, se posara en Hakuun.

—Descubriréis la verdad de vuestra esperanzada afirmación —dijo, volviendo a mirar a Toogwik Tuk— cuando aplaste con mi bota los huesos de enanos, elfos y feos humanos.

Dnark no pudo evitar una sonrisa al mirar a Ung-thol, que también parecía muy complacido. A pesar de lo delicado de su posición, estando como estaban rodeados por semejante número de fieros e impredecibles miembros del clan, las cosas iban bastante bien.

De la misma caverna de la que habían salido Grguch y el clan Karuck, surgió una figura mucho menos imponente, salvo para quienes tuvieran una especial fobia a las serpientes. Revoloteando con unas alas que parecían más propias de una gran mariposa, la reptiliana criatura

trazó una trayectoria zigzagueante por la cueva hacia la menguante luz del día.

El crepúsculo era lo más brillante que había visto la criatura en todo un siglo y tuvo que posarse dentro de la cueva y pasar un buen rato allí para que sus ojos se acostumbraran a la luz.

—¡Ah, Hakuun!, ¿por qué has hecho esto? —preguntó el mago, que no era realmente una serpiente y mucho menos una serpiente voladora. A cualquiera que anduviese por allí le habría parecido curioso oír suspirar a una serpiente alada.

Se deslizó hacia un rincón más oscuro y empezó a mirar de tanto en tanto para dar a sus ojos ocasión de habituarse.

Sabía la respuesta a la pregunta que acababa de hacer. La única razón por la que los brutos del clan Karuck podían salir eran la guerra y el pillaje. Y si bien la guerra podía ser un espectáculo interesante, el mago Jack, o Jack el Gnomo, como solían llamarlo en otra época, realmente ahora mismo no tenía tiempo que perder. Sus estudios lo habían llevado a internarse en las entrañas de la Columna del Mundo y su fácil manipulación del clan Karuck, desde tiempos del padre, del padre, del padre, del padre de Hakuun, le habían dado una cobertura magnífica para sus empresas, eso por no hablar de la gloria que se había derramado sobre la pequeña y miserable familia de Hakuun.

Después de un buen rato, cuando sólo quedaban en el aire atisbos de luz diurna, Jack se deslizó hasta la salida de la caverna y echó una mirada al vasto panorama. Un par de conjuros le permitirían localizar a Hakuun y a los demás, por supuesto, pero la perspicaz criatura no necesitaba magia alguna para percibir que algo había... cambiado. Algo apenas perceptible en el aire..., un olor o unos sonidos distantes tal vez, tocó la sensibilidad de Jack. Había vivido en una época en la superficie, hacía tanto tiempo que ya no lo recordaba, antes de haber coincidido con los ilitas y los demonios en su cometido de aprender una magia más poderosa y tortuosa que las típicas evocaciones de los magos mundanos. Había vivido en la su-

perficie cuando era realmente un gnomo, algo de lo que ya no podía vanagloriarse. Ahora muy pocas veces lucía ese aspecto y había llegado a entender que la forma física no era en absoluto tan importante ni definitoria. Era una criatura afortunada, lo sabía, en gran medida gracias a los ilitas, porque había aprendido a trascender los límites de lo corpóreo y de lo mortal.

Sintió una especie de pena al mirar la gran extensión de tierra poblada por criaturas tan inferiores, criaturas que no entendían la verdad del multiverso ni el poder real de la magia.

Ése era el blindaje de Jack mientras contemplaba el panorama, porque necesitaba todo ese orgullo para suprimir los otros sentimientos inevitables que se arremolinaban en su cabeza y en su corazón. A pesar de toda su superioridad, Jack había pasado el último siglo, o más, casi totalmente solo. Si bien había encontrado increíbles revelaciones y nuevos conjuros en su sorprendente taller, con su equipamiento alquímico y montones de pergaminos y provisión interminable de tinta y libros de conjuros que multiplicaban por varias su estatura de gnomo, sólo mintiéndose podía Jack empezar siquiera a aceptar el paradójico giro del destino que le había concedido prácticamente la inmortalidad. Porque si bien —y tal vez debido a eso precisamente— no era previsible que muriera pronto por causas naturales, Jack era muy consciente de que el mundo estaba lleno de peligros mortales. Una larga vida había llegado a significar «más que perder» y Jack había estado encerrado en su seguro laboratorio no sólo por las gruesas piedras de la Antípoda Oscura, sino también por su miedo.

Ese laboratorio, oculto y protegido por medios mágicos, seguía siendo un lugar seguro, a pesar de que sus protectores involuntarios, el clan Karuck, se hubieran marchado de la Antípoda Oscura. Y no obstante, Jack los había seguido. Había seguido al patético Hakuun, pese a que no valía mucho la pena seguirlo, porque en lo más íntimo sabía, aunque no estuviera muy dispuesto a admitirlo, que quería regresar, recordar por última vez que era Jack el Gnomo.

Lo que vio lo dejó gratamente sorprendido. Algo zumbaba en el aire que le rodeaba; algo apasionante y lleno de posibilidades.

Jack pensó que tal vez no conocía la dimensión del razonamiento de Hakuun al permitir que Grguch acudiera y se sintió intrigado.